

OBRAS DE

SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

EL MERCADER DE VENECIA

MEDIDA POR MEDIDA

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm 25

MEDIDA POR MEDIDA.

PERSONAJES.

VICENCIO, *duque de Viena.*

ANGEL, *delegado del duque durante la ausencia de éste.*

ÉSCALO, *noble anciano de la corte del duque.*

CLAUDIO, *jóven de familia noble.*

LUCIO, *libertino.*

DOS CABALLEROS, *amigos de Lucio.*

UN ALCAIDE.

TOMÁS, } *frailes.*

PEDRO, }

UN JUEZ.

VARRIO.

CODO, *alguacil ridiculo.*

ESPUMA, *hidalgo simple.*

POMPEYO, *criado de la dueña Pordemás.*

HORROREZ, *verdugo.*

BERNARDINO, *preso disoluto.*

ISABEL, *hermana de Claudio.*

MARIANA, *desposada de Angel.*

JULIETA, *amada de Claudio.*

FRANCISCA, *monja.*

LA DUEÑA PORDEMÁS, *alcahueta.*

*Nobles, empleados, ciudadanos, un muchacho y
acompañamiento.*

ESCENA: Viena.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Un aposento del palacio ducal.

Salen el DUQUE, ÉSCALO, NOBLES y acompañamiento.

DUQUE. Éscalo.

ESC. Alteza.

DUQUE. Discurrir ahora
Sobre las propiedades del gobierno,
En mi parecería vano alarde
De inútil elocuencia, pues me consta
Qué excede tu saber en tal asunto
A los consejos todos que pudiera
Darte mi autoridad: tan sólo falta
Que juntes tu virtud con tu valía,
Y deja que obren ellos. Del carácter
De nuestro pueblo, de los fueros, leyes,
É instituciones que al Estado rigen
Eres conocedor, y tan experto
En su gobierno como cualquier otro
Que yo recuerde, á quien práctica y arte
Lograron adiestrar. Hé ahí mi encargo:
Que no te apartes de él es mi deseo.
Llamad á mi presencia al conde Angel.

(Váse un criado.)

¿Qué tal opinas tú que hará mis veces?
 Que has de saber que, previsor y cauto,
 Para suplir mi falta le he elegido.
 Prestéle mi terror, de mi clemencia
 Le he revestido y, como á sustituto,
 Los atributos todos le he entregado
 De mi propio poder. ¿Qué piensas de ello?

Esc. Si hay hombre alguno en toda Viena digno
 De tanto honor y de merced tan amplia,
 Sin duda, es Angel.

DUQUE. Mirale do viene.

Sale ANGEL.

ANG. Siempre obediente á tu mandato, Alteza,
 A recibir tus órdenes acudo.

DUQUE. Hay, Angel, en tu vida cierto sello
 Que al hombre observador revela claro
 Tu historia toda. Tu valer, tus dotes,
 Tan propios no te son, ni son tan tuyos
 Que puedas malgastar tu vida en ellos
 Tan por completo, ni ellos en ti solo.
 Nos usa el cielo cual la antorcha usamos:
 No para si se enciende. Si no esparce
 Nuestra virtud su brillo en torno suyo,
 Fuera lo mismo, á fe, que no tenerla.
 El alma noble nace destinada
 A noble fin; jamás prestó natura
 El átomo menor de sus primores
 Sin exigir, cual diosa avara siempre,
 Del usurero el galardón: las gracias
 Y el rédito además. Pero esto digo
 A quien mejor pudiera aleccionarme.

(Dándole el despacho.)

Ten, Angel, pues. Durante nuestra ausencia
 Tú ocuparás en todo el puesto mio.
 La muerte y el perdon en Viena sólo
 Residen en tu pecho y en tu lengua.

- Éscaló, aunque con él hablé primero;
 Tu segundo será. Toma el despacho.
- ANG. Mi príncipe y señor, primero deja
 Que á mayor prueba mi metal exponga,
 Antes que en él tan noble sello imprimas.
- DUQUE. No hay evasion. Tras reflexion madura
 Y meditada, fuiste tú elegido:
 De autoridad revístete, por tanto.
 Exige mi partida tal premura,
 Y me urge tanto, que á dejar me obliga
 Sin resolver asuntos de importancia.
 Daréte cuenta de mi estado cuando
 El tiempo y la ocasion me lo aconsejen;
 Y espero recibir noticias vuestras.
 Quedad con Dios, y el éxito corone
 Vuestros esfuerzos todos cual deseo.
- ANG. Permite que sirviéndote vayamos,
 Alteza, al ménos, parte del camino.
- DUQUE. No tal, no lo consiente mi premura.
 No abrigues duda alguna por tu vida:
 Igual en todo es tu poder al mio:
 La ley violenta ó templa á gusto tuyo.
 Dame la mano: iréme ocultamente.
 Al pueblo quiero, pero no me gusta
 Hacer ostentacion de mi persona
 Delante de sus ojos, ni apetezco,
 Por más que halaga, su ruidoso aplauso
 Y sus vehementes vivas: ni por hombre
 De discrecion madura tengo á nadie
 Que de ello guste. Adios de nuevo os digo.
- ANG. Contigo en toda empresa el cielo sea.
- Esc. Véte con él, y con él vuelve alegre.
- DUQUE. Gracias. Que os guarde Dios. (Váase.)
- Esc. Señor, te pido
 Licencia para hablarte libremente.
 Me importa conocer mi cargo á fondo:
 Tengo poder, mas de qué fuerza ó clase,
 Me queda por saber.

ANG. Igual me pasa.
 Ven, discurremos juntos; de esa suerte
 Fácil será que solucion logremos
 Dar á este punto. Ven.
 Esc. Guia, Excelencia. (Vánse.)

ESCENA II.

Una calle.

Salen LUCIO *y dos* CABALLEROS.

LUCIO. Si nuestro duque y los demas duques no se ponen de acuerdo con el rey de Hungría, vereis cómo se sublevarán todos los duques contra el rey.

CAB. 1.º ¡Que el cielo nos conceda su paz, pero no la del rey de Hungría!

CAB. 2.º ¡Amén!

LUCIO. Rematas tu oracion como aquel pirata devoto que se hizo á la mar con la ley de los diez mandamientos; pero borró uno de la tabla.

CAB. 2.º ¿No robarás?

LUCIO. Sí, ese lo borró.

CAB. 1.º Por cierto, semejante mandamiento mandaba al capitán, y á toda su tripulacion renegar de su oficio; pues se hicieron á la vela para robar. No hay un solo soldado entre nosotros á quien no se le indigeste, en las gracias que se dan despues de la comida, la oracion en que se pide que haya paz.

CAB. 2.º No sé de ningun soldado á quien eso le disguste.

LUCIO. Lo creo, pues sospecho que no comiste nunca donde hubiese costumbre de rezar.

CAB. 2.º ¿Cómo nó? Una docena de veces por lo ménos.

CAB. 1.º ¿Cómo? ¿en verso?

LUCIO. En todos los metros y en todas las lenguas del mundo.

CAB. 1.º Lo creo; y en todas las religiones.

LUCIO. ¿Y por qué nó? Dar gracias es dar gracias, á despecho de toda controversia. Tú mismo, *verbi gratia*, eres un pícaro redomado, y te acuerdas más de las Gracias que de dar gracias á Dios.

CAB. 1.º Sí, sí; estamos cortados por una misma tijera.

LUCIO. Cierto; como velludo y paño burdo. Tú eres el paño burdo.

CAB. 1.º Y tú el velludo. Buen velludo estás tú; aterciopelado, sin duda. Más quisiera ser una lista de paño burdo inglés, que un velludo como tú, aterciopelado por manos francesas. ¿Te llevo al vivo ahora?

LUCIO. Creo que sí; pero es á costa de tu propia reputacion. Ya sé, por tu misma confesion, cómo he de beber á tu salud; pero mientras viva me guardaré de beber despues de ti.

CAB. 1.º Creo que me he hecho agravio á mí mismo.

CAB. 2.º Sí tal, estés contagiado, ó no lo estés.

LUCIO. ¡Mirad, mirad, dónde viene la dueña Mitigacion! He adquirido bajo su tejado enfermedades por valor de...

CAB. 2.º ¿De cuánto?

LUCIO. Adivinad.

CAB. 2.º ¿De tres mil dolores... digo, doblones por [año?

CAB. 1.º Sí, y encima de eso...

LUCIO. Un par de coronas francesas.

CAB. 1.º Estás hablando siempre de mis enfermedades; pero te engañas: estoy sano; no saqué nunca nada.

LUCIO. Pero te han sacado bastante: te han sacado hasta los tuétanos: tus huesos están huecos: la depravacion se cebó en ti.

Sale la DUEÑA PORDEMAS.

CAB. 1.º ¡Hola! ¿qué tal? ¿en cuál de tus caderas está ahora más arraigada la ciática?

DUE. Ya, ya; allí acaban de prender y llevar á la cárcel á un mozo que valia por cinco mil de vosotros.

CAB. 2.º Di pronto quién es.

DUE. ¿Quién quereis que sea, hidalgo, sino Claudio? el señor Claudio.

CAB. 1.º ¡Claudio preso! No puede ser.

DUE. ¿Que no puede ser? Pues á fe que á mí me consta. Yo misma le vi prender y le vi conducir á la cárcel; y lo que es más: dentro de tres dias le cortarán la cabeza.

LUCIO. Dejando á un lado la broma, no quisiera que fuese cierto. ¿Estás segura de lo que dices?

DUE. ¡Y tan segura! y es todo por haber dejado en cinta á la señora Julieta.

LUCIO. Creedme, es muy posible. Me prometió acudir hace dos horas á una cita, y siempre fué puntual en eso de cumplir su palabra.

CAB. 2.º Por otra parte, ya veis que concuerda completamente con lo que decíamos poco há.

CAB. 1.º Y sobre todo con la proclama.

LUCIO. Venid; vamos á averiguar la verdad.

(Váanse Lucio y caballeros.)

DUE. Y es el caso que con la guerra por un lado, los sudores por otro, por una parte las galeras, por otra la pobreza, me voy quedando sin parroquia.

Sale POMPEYO.

¡Hola! ¿Qué nuevas me traes?

POM. Ya se llevaron á aquel hombre á la cárcel.

DUE. ¿Y qué ha hecho? ¿se puede saber?

POM. Ha deshecho á una mujer.

DUE. Pero ¿cuál es su ofensa?

POM. Pescar truchas á tientas en arroyo ajeno.

DUE. ¿Hale hecho un hijo á alguna doncella?

POM. No, le ha hecho una hija á cierta moza. ¿No sabeis nada del bando?

DUE. ¿Qué bando es ese?

POM. Todas las casas de trato que hay en los arrabales de Viena han de venir al suelo.

DUE. ¿Y qué harán con las de la ciudad?

POM. Quedarán en pié para criar semilla. También las hubieran mandado derribar, á no ser por un sabio concejal que salió á su defensa.

DUE. ¿Y van á derribar todas las casas públicas de los arrabales?

POM. Todas, hasta los cimientos, dueña.

DUE. ¡Vaya! ¿esta si que es cosa nueva en la república! ¿Qué va á ser de esta desdichada?

POM. ¡Cá! no tengais miedo. Al buen abogado no le faltan pleitos; aunque mudeis de vivienda. no por eso debéis mudar de oficio. Seguiré sirviéndoos en clase de mozo de taberna. ¡Animo! Tendrán compasion de vos; vos que casi habeis perdido los ojos en el oficio: sin duda, harán con vos la vista gorda.

DUE. ¿Qué va á ser de nosotros, mozo Tomás? Retirémonos.

POM. Aquí viene el señor Claudio, á quien lleva preso el alcaide; y ved allí tambien á la señora Julieta. (Vánse.)

Salen el ALCAIDE, CLAUDIO y JULIETA entre alguaciles.

CLAUD. ¿Por qué me enseñas de esta suerte al [mundo?

Vé, llévame á la cárcel do voy preso.

ALC. Por mala voluntad no lo hago, sino Por orden especial del conde Angel.

CLAUD. Así pagar nos hace nuestras culpas
 La semi-diosa autoridad, á peso.
 La ley dé Dios lo dice: al que le toca,
 Le toca; y al que no, se queda libre,
 Y bien está; mas siempre es justiciera.

Salen LUCIO y dos CABALLEROS

LUCIO. ¿Qué es esto, Claudio? ¿preso tú? ¿por
 [dónde?

CLAUD. Lucio, por libertad en demasía.
 Así como el hastío engendra ayuno,
 La libertad, usada con exceso,
 Se trueca en sujecion. Nuestro apetito,
 Como el raton goloso que se traga
 Su propia muerte, sigue el mal sediento,
 Y al mitigar la sed, bebemos muerte.

LUCIO. Si pudiese hablar tan sesudamente estan-
 do preso, mandaria llamar á algunos de mis
 acreedores. Pero con todo, á decir verdad, pre-
 fiero la frivolidad de la libertad á la morali-
 dad de la prision. ¿Cuál ha sido tu ofensa,
 Claudio?

CLAUD. El pronunciarla fuera ofensa nueva.

LUCIO. ¿Alguna muerte acaso?

CLAUD. No.

LUCIO. ¿Lujuria?

CLAUD. Llámalo así.

ALC. Debeis partir, hidalgo.

CLAUD. Escucha una palabra, amigo Lucio.

LUCIO. Y cien, si algun provecho hacerte pueden.
 ¿Con tal rigor castigan la lujuria?

CLAUD. En tal apuro estoy. Por leal contrato
 Dueño del lecho vine á ser de Julia.
 Tú la conoces. Es mi esposa en todo;
 Tan sólo falta publicar el acto,
 Como lo exige el uso. No lo hicimos,
 Debido á cierto dote no pagado,

Que aún se halla de sus deudos en el arca;
 De los cuales juzgábamos prudente
 Ocultar nuestro amor hasta que el tiempo
 Les inclinara á sernos favorables.
 Pero es el caso que el secreto hurto
 De nuestro mutuo trato se halla impreso
 En rasgos harto grandes en Julieta.

LUCIO. ¿En cinta acaso?

CLAUD. En cinta por desgracia.

Y el delegado del ausente duque—
 Ya sea culpa de su nuevo empleo,
 Que con su falso brillo le deslumbra,
 O ya que el bien comun es como un potro
 Al que el virey, reciente aún en la silla,
 Para que entienda que cual buen jinete
 Sabe mandar, hace sentir la espuela;
 Ya sea que es despótico de suyo
 El cargo, ó lo es su Alteza que lo ocupa;—
 No sé, pero es lo cierto que este nuevo
 Gobernador me saca de hondo olvido
 Mil leyes anticuadas que en el polvo,
 Cual mohosa armadura en las paredes,
 Cuelgan há tanto tiempo, que han pasado
 Veinte zodiacos ya, sin que una de ellas
 Se haya aplicado; y por cobrar renombre,
 Contra mí nuevamente resucita
 Esa olvidada, adormecida pena:
 Sin duda alguna, es por cobrar renombre.

LUCIO. Es por eso, te lo aseguro; y tu cabeza está
 tan poco firme en tus hombros, que una le-
 chera enamorada pudiera derribártela de un
 suspiro. Manda recado al duque, y apela á él.

CLAUD. Tal hice, pero en parte alguna le hallan.

Te ruego, Lucio, que un favor me prestes:
 Hoy debe entrar mi hermana en un convento,
 En donde va á pasar el noviciado;
 Infórmala del riesgo en que me encuentro;
 Implórala que busque en nombre mio

Amigos que al severo juez ablanden:
 Ruégala que ella misma le conjure;
 Confío mucho en ella; su ternura
 Y juventud poseen cierta elocuencia
 Que sin palabras habla irresistible
 Al corazon del hombre: de otra parte,
 De gracia y de agudeza está dotada,
 Y mueve su palabra á quien la escucha.

LUCIO. Quiera Dios que lo logre, no sólo para consuelo de los que se encuentren en igual apuro, y que de otra suerte tendrian que vivir sujetos á esta opresion rigurosa, sino tambien para que puedas seguir disfrutando de tu vida; pues sentiria en el alma que la perudieses tontamente á un juego de triquitraque. Voy á verla.

CLAUD. Te lo agradezco, Lucio, ¡oh noble amigo!

LUCIO. Hasta dentro de una hora.

CLAUD.

Alcaide, vamos.

(Váuse.)

ESCENA III.

Un monasterio.

Salen el DUQUE y FRAY TOMÁS.

DUQUE. Buen padre, nó; desecha tal idea;
 Ni creas que de amor el leve dardo
 Alcanza á traspasar un pecho entero.
 Si pido que me des secreto albergue,
 Es con un fin más grave y más sesudo
 Que los fines y antojos de la loca,
 Fogosa juventud.

FR. T. Dímelo, Alteza.

DUQUE. Nadie mejor que tú, buen padre, sabe
 Cuán grata á mi alma siempre fué el retiro,
 Cuán enojoso el frecuentar tertulias,

Do juventud, y despilfarro, y necia
 Ostentacion acuden á porfia.
 He confiado al noble conde Angel,
 Hombre severo y de abstinencia firme,
 Mi absoluto poder y puesto en Viena;
 El cual me cree camino de Polonia:
 Que hice esparcir tal voz entre la plebe,
 Y ya válida corre. Sé que ahora
 Preguntarás, mi reverendo amigo,
 Por qué tal hago.

FR. T. Si, con gusto, Alteza.

DUQUE. Tenemos estatutos rigurosos
 Y leyes muy severas, como frenos
 Precisos para potros cabezudos,
 Que de años diez y nueve á aquesta parte
 Hemos ido aflojando, y hoy descansan
 Como viejo león en su guarida,
 Que ya no sale en busca de su presa.
 Pues bien, habiendo, cual benigno padre,
 Colgado la palmeta, con objeto
 De espantar á sus hijos con la vista,
 No con el uso de ella, con el tiempo,
 Vino á ser más burlada que temida:
 Así nuestros edictos, ya difuntos
 Para el castigo, de hecho ya no existen:
 Y así el descaro de la ley se burla;
 El niño pega al ama, y el decoro
 Doquier de quicio sale.

FR. T. En esas manos
 Estaba el desatar la ley sujeta,
 Cuando te diere gusto; y más terrible
 Hubiera parecido esa reforma
 Hecha por ti que no por Angel.

DUQUE. Temo
 Que hubiese sido por demas terrible.
 Ya que soltó mi incuria el freno al pueblo,
 Tirano hubiera sido en castigarle,
 Acosándole crudo por las faltas

Que yo le consentí, pues di permiso
 Para ello, dando al crimen libre vuelo,
 Y no al castigo. Por lo tanto, padre,
 En manos de Angel abdiqué tal cargo;
 Quien, escudado con mi nombre, puede
 Herir á fondo, miéntras de la lucha
 Quedo alejado, y de censura á salvo.
 Para observar su modo de gobierno,
 Cual si de la órden vuestra hermano fuera,
 Al príncipe y al pueblo á ver iréme.
 Provéeme, pues, de un hábito, te ruego,
 Y enséñame á portarme en la apariéncia
 Cual verdadero fraile. Más razones
 Para esta accion daréte cuando hubiere
 Tiempo y vagar; baste decirte ahora
 Que es muy severo en todo el conde Angel;
 Contra la envidia cauto se resguarda;
 Confiesa apenas que su sangre corre,
 O que apetece el pan más que las piedras.
 Pronto he de ver si en él hace mudanza
 El mando, ó si merece mi confianza. (Vánse.)

ESCENA IV.

Un convento de monjas.

Salen ISABEL y SOR FRANCISCA.

ISAB. ¿Y no teneis más libertad las monjas?

SOR. F. ¿Pues esa no es bastante?

ISAB. Sí, por cierto.

No hablé en sentido de que fuese escasa,

Sino más bien lo dije deséando

Que hubiese más recogimiento y freno

De Santa Clara en la hermandad devota.

LUCIO (Dentro). ¡Paz sea en esta casa!

ISAB. ¿Quién da voces?

SOR F. La voz es de hombre. Dulce Isabelita,

Ábrele tú; pregúntale qué quiere.
 Puedes, yo nó; pues aún no hiciste voto.
 Cuando hagas voto, es menester que no hables
 Con hombre alguno, salvo en la presencia
 De la abadesa: entónces si le hablares,
 Tendrás que hacerlo con la faz velada;
 Si la enseñas, hablarle ya no debes.

LUCIO (Dentro). ¡Paz y prosperidad!

SOR F. Vuelve á dar voces.

Contéstale, te ruego. (Váse.)

ISAB. ¿Quién, quién llama?

Sale LUCIO.

LUCIO. ¡Salve, oh vírgen! si lo eres cual pregonan
 Las rosas de esas cándidas mejillas.
 Si puedes, haz merced de conducirme
 A vista de Isabel, cierta novicia
 De este santo lugar, y hermana bella
 De su infeliz hermano, el triste Claudio.

ISAB. ¿Por qué infeliz? si es lícito, pregunto;
 Y tanto más, teniendo que informaros
 Que la que os habla es Isabel, su hermana.

LUCIO. Gentil beldad, tu hermano te saluda,
 Y... para no cansarte, está en la cárcel.

ISAB. ¡Triste de mí! ¿por qué?

LUCIO. Por cierta ofensa,
 Por la que á ser su juez yo mismo, créeme,
 Le castigara dándole las gracias.
 Dejé preñada á cierta amiga suya.

ISAB. Hidalgo, no os burleis de mí.

LUCIO. No, cierto.

Yo no quisiera (aunque es mi antiguo flaco
 Dar broma á las doncellas, léjos siempre
 Del labio el corazon), jugar con todas
 De igual manera. Vírgen, yo te miro
 Como algo celestial y sacrosanto;
 Por tu renuncia, un inmortal espíritu,
 A quien se debe hablar como á una santa,

De místico fervor el alma llena.

ISAB. Hacerme burla es ultrajar al Bueno.

LUCIO. No pienses tal.—De veras, pues, y en breve

Tu hermano y su adorada se abrazaron;

Y como engordan los que bien se nutren,

Como el Abril, tras la copiosa siembra,

Trueca el barbecho yermo en fértil campo;

Así revela su fecundo seno

El fruto de su esfuerzo y su cultivo.

ISAB. ¿En cinta á alguien por él? ¿Mi prima Julia?

LUCIO. ¿Es prima tuya?

ISAB. Sí, prima adoptiva;

Como entre colegiales es costumbre

Trocar de nombres por pueril afecto,

Aunque sincero.

LUCIO. Es ésa misma.

ISAB. Entónces.

Cásense ella y él.

LUCIO. Hé ahí el dilema.

De aquí partió de extraño modo el duque. *

Dió chasco á muchos nobles (yo fui uno)

Con esperanzas de inmediato empleo.

Pero nos consta por personas diestras

En tantear el pulso del Estado,

Que los motivos que alegó distaban

Mucho de ser la causa verdadera.

En su lugar y con poderes plenos

Angel gobierna; un hombre cuya sangre

Es nieve derretida; uno que nunca

Sintió de los sentidos las lascivas

Punzadas y emociones; pero que ántes

Embota su aguijon y lo adormece

Con trabajo mental, estudio, ayuno.

Éste, para infundir respeto, y miedo

A la licencia, que hace tiempo pasa

Inadvertida por la ley tremenda,

Como por el león el ratoncillo,

Rebusca un auto bajo el grave peso

De cuya decision peligro corre
 La vida de tu hermano. Prende al triste,
 Y con fatal rigor la ley aplica,
 Para que sirva á los demas de ejemplo.
 No queda ya esperanza de salvarle,
 Si con la mágia de tu ruego dulce
 No logras ablandar al juez severo.
 En suma, esta es la esencia del encargo
 Que para ti me dió tu pobre hermano.

ISAB. ¡Conque su muerte tan sañudo busca?

LUCIO. Lo ha sentenciado ya, y el carcelero,

Segun he oido, tiene ya la órden

Para su ejecucion.

ISAB. ¡Ay! ¡desdichada!

¿Qué aptitud hay en mí para ayudarle?

LUCIO. Prueba el poder que tienes.

ISAB. ¡Yo qué puedo?

¡Ay! dudo...

LUCIO. Nuestras dudas son traidoras,

Y nos hacen perder el beneficio

(Por miedo de atrevernos) que á menudo

Pudiéramos lograr. Ve al conde Angel,

Y enséñele tu voz que cuando ruegan

Doncellas, dan los hombres como dioses;

Mas cuando lloran y á sus piés se postran,

Llegan á ser tan suyas sus demandas

Cual si á otorgarlas fueran ellas mismas.

ISAB. Haré lo que pudiere.

LUCIO. Pero pronto.

ISAB. Iréme al punto, sin perder más tiempo

Que el necesario para dar noticia

De todo á la abadesa. Humildes gracias,

Hidalgo, os doy. Encomendadme á Claudio.

Antes de anochecer, noticia cierta

Mandarle espero de mí buena suerte.

LUCIO. Yo me despido.

ISAB. Dios os guarde, hidalgo.

(Vánse.)